

en fin, en todas esas multitudes representada, lo siga devotísima y reverente como el pueblo de Israel siguiera la columna de fuego que á través del desierto lo condujera á la tierra prometida.

Señores, para concluir, permitidme que por un momento olvide los méritos del filólogo, la sabiduría del crítico y la ciencia del maestro, para rendir un homenaje al que, siendo todo esto, fué un patriarca en su familia y un hombre bueno para la sociedad.

Ninguno de vosotros lo ignoraba, antes todos lo sabíamos, y durante su vida el elogio suyo vivió perennemente en nuestros labios. Si fué generoso con su ciencia, porque en ella era rico, fué también con su bondad, porque en su pecho abrigaba fuente inagotable de todo linaje de bienes. Si los pueblos de la Grecia, versátiles como los pueblos lo son siempre, se cansaron de llamar á Aristides, «el justo» y hubieron de desterrarlo de su patria, nosotros no nos cansaremos de llamar al Sr. de la Peña el «bueno» y nunca lo desterraremos de nuestra memoria.

El Liceo Altamirano se descubre respetuoso ante el túmulo que guarda sus restos, y en nombre de nuestra actual generación, que tanto le debe, le ofrece, como homenaje votivo, la corona de nuestra gratitud.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN MEMORIA DEL SEÑOR

LIC. DON ALFREDO CHAVERO,

EN LA

SESIÓN SOLEMNE QUE EN SU HONOR CELEBRÓ

EL LICEO ALTAMIRANO,

EL DÍA 9 DE NOVIEMBRE DE 1907.



SEÑORES:

EL Liceo Altamirano consagra su sesión de hoy á honrar la memoria de uno de nuestros muertos ilustres y á rendir un testimonio de profundísimo respeto á quien fuera prominente personalidad en la política nacional, gala de nuestra literatura, prez de la dramaturgia mexicana, orgullo de nuestra tribuna parlamentaria, uno de los primeros entre nuestros eruditísimos bibliógrafos y arqueólogos, y uno de los más renombrados de nuestros historiadores.

El Sr. D. Alfredo Chavero, en efecto, fué todo esto á la vez.

Su actividad incansable permitióle acometer todo linaje de empresas, espigar en todos los campos, vencer toda suerte de obstáculos y ascender á todas las alturas; y su inteligencia, abierta siempre á toda clase de investigaciones, lo condujo á

ejercitarse, ya en los trabajos fáciles y risueños que la fantasía dirige, ora en los graves y severos que preside el juicio, ó ya en esos donde ambos se combinan y hermanan para producir aquellas obras que perduran, porque salvan el tiempo y el olvido á causa de su excelsitud.

Su patriotismo, que fué siempre exaltado, lo obligó á ser un político; su pobreza juvenil hizo de él un poeta, que por eso Horacio, dijo: «*Pauper-
tas impulit audax ut versus facerem;*» su conocimiento de la vida llevólo á enderezar sus pasos hacia el teatro, para copiarla en él; su ciencia, que fué vastísima, lo puso en condición de ser un polígrafo, y su inmenso amor á la verdad y su gran pasión por la justicia, convirtiéronlo en historiador, porque la Historia no es sino la maestra de los hombres, que les enseña la verdad para hacerlos justos y les muestra la justicia para hacerlos buenos.



El Sr. Chavero realiza por modo acabado el tipo de los hombres eminentes de nuestra raza en la América Latina. Urgidos ellos por necesidades apremiantes, que son características de la vida de los pueblos en formación, no pueden encerrar su

actividad en un sólo y estrecho cauce, sino que se ven precisados á extenderla desmesuradamente para llegar á ser soldados en los campos de batalla, políticos en las luchas gigantescas que organizan la patria, oradores en las apasionadas y turbulentas lides democráticas, periodistas para dirigir y gobernar la opinión pública, poetas para cantar las hazañas heroicas de los pueblos que se sacrifican por obtener la libertad, jurisconsultos para trocar en leyes las costumbres y dar firme asiento á las conquistas del derecho, y sabios para presidir las academias y educar á las generaciones venideras: porque la patria exige de sus hijos preclaros, que son escasos, á fin de remediar sus males que, por desgracia, son numerosos, que le consagren todas sus energías en la guerra ó en la paz, y amolden sus talentos, dúctiles como el oro, á todas las exigencias del momento histórico en que viven.

No de otra suerte aquellos hombres del Renacimiento italiano, cuando el mundo parecía nacer á una vida nueva y el espíritu helénico dejaba la flor de sus gracias inimitables en las artes, la frescura incomparable de su genio en las letras y la profundidad de sus investigaciones en las ciencias, se lanzaron á la conquista del ideal, siendo á la par soldados y poetas, políticos y sabios, arquitectos, pintores y escultores; porque había una patria

que reclamaba las proezas de su espada, y glorias que merecían los acordes de su lira, y luchas intestinas que ponían á contribución su habilidad, y arduos problemas que demandaban el auxilio de su ciencia, y templos que levantar á los dioses, que exigían el empleo de su arte, y lienzos donde eternizar la belleza, que daban ocupación á sus pinceles y paletas, y formas que representarían la hermosura, que ofrecían piedra y mármol á la fecunda labor de sus artísticos cinceles.



Era apenas un joven salido de las aulas, en cuyo espíritu reía la vida con la primera de sus frescas sonrisas, cuando comenzó, aunque ya abogado y diputado al Congreso de la Unión, á servir los intereses de su patria, hollada por la planta del invasor francés. El Sr. Chavero, en unión de Altamirano, fué á incorporarse al Gobierno de Juárez en San Luis Potosí; y emprendió en seguida aquella odisea patriótica que comenzara en San Luis y terminara en Colima, y cruzó los valles y traspuso las montañas, y surcó los mares, y apresado en ellos y libertado luego, intentó organizar, en la medida de sus fuerzas, algo que contribuyera á la defensa del territorio nacional.

Pocos sacrificios pudo efectuar en obsequio de su país que fueran más meritorios que éste. Quien lleva en las ciudades la vida muelle que los refinamientos de la civilización engendran y adquiere el hábito de no cansar los pies sino en los lánguidos giros de la danza, de no agobiar las manos sino con el peso de los libros que deleitan y de no fatigar el cuerpo sino con aquellos ejercicios que no marchitan la hermosura, ejecuta el mayor de los esfuerzos cuando, animado de un patriotismo viril, realiza las rudas proezas de los atlantes robustos, de hombres hercúleos y de brazos férreos, á quienes no acobarda el infortunio, á quienes el cansancio no abate y la fatiga no rinde y el desaliento no desespera.



El Sr. Chavero, que á la sazón era el niño mimado de la sociedad culta y que recibía los honores reservados en ella á la juventud y al talento, llevó, no obstante, á término, aquella peregrinación, y sin tomarse punto de reposo, sin dar paz á la mano y sin otra preocupación que la de ser útil á los que se aprestaban á la defensa de la patria, soportó las fatigas de los caminos, sufrió resignado los embates de la adversidad, venció los desfalle-

cimientos del cuerpo y dominó los enervamientos del espíritu, pensando que todos los sacrificios posibles debían hacerse hasta lograr ver á la patria libre del invasor extranjero.

A partir de aquella época, y sin interrupción, fué un político de buena cepa, miembro distinguido del partido liberal, y por ende jacobino y reformista, defensor de las buenas causas, ansiando porque no cayeran en menosprecio nuestras leyes constitucionales, que son la base de nuestra nacionalidad, y que antes crecieran en prestigio las dictadas en los tiempos de la Reforma que, á pesar de todo cuanto sus enemigos han dicho, dan firme asiento á la paz en que vivimos desde entonces con la iglesia, y á la prosperidad de que ella y nuestro Gobierno y nuestro pueblo, desde entonces, también, disfrutan á la par.

El Sr Chavero ocupó cargos prominentes en nuestros Ayuntamientos, en las Secretarías de Estado, en el Gobierno del Distrito y en las Cámaras Federales, y militó en nuestra prensa periódica, y tomó parte en las luchas de los partidos, y contribuyó por modo singular al desarrollo de la prosperidad de nuestra Administración Pública, y por eso siempre fué en las luchas políticas, un soldado de vanguardia; en los ayuntamientos, un apóstol; en los partidos, un jefe; en los parlamentos, se le tuvo por un guía; en los combates celebrados en ellos,

por un esforzado paladín; en el periodismo, por un campeón, y en las contiendas electorales de los días de la restauración de la República, por un triunfador: y fácil para la intriga é inteligente para ofrecer soluciones satisfactorias, y hábil para resolver problemas, y dúctil de carácter, y enérgico por temperamento, y trabajador por hábito, y con merecimientos grandes y con aspiraciones nobles, fué desde su juventud hasta su muerte, una fuerza siempre activa en la política nacional.

En la primera mañana de su vida fué un poeta lírico.

Cuando la juventud risueña corona de luz nuestras frentes, y el amor, como la savia en el árbol, asciende y palpita haciendo brotar en nuestros corazones aquella rica florescencia, que si pronto se marchita deja impregnada la vida al marchitarse con un imperecedero perfume, son poetas todos aquellos en cuyas almas duerme el sentimiento como una paloma en su nido, y en cuyos espíritus el pensamiento se levanta como una alondra matinal.

Sus cantos líricos fueron por eso cantos de juventud, promesas de frutos sazonados, augurio de obras mejores y esperanzas fundadas del trabajo superior que habría de emprender más tarde el dramaturgo mexicano.

•••

El Sr. Chavero ha sido una distinguida personalidad en la dramaturgia nacional. En el corto período de su vida que consagró al teatro, se ejerció en todos los géneros: en el sainete y en la comedia, en la tragedia y en el drama, y fué de una fecundidad pasmosa, tan pasmosa como sus éxitos felices, porque si dió á la escena más de diez y ocho obras, cada una de ellas, en su época, le aseguró un triunfo más ó menos ruidoso.

Pocos de nuestros dramaturgos han sido tan perfectos conocedores de los secretos de la escena. Hilar fácilmente una trama, bordar en ella un episodio real ó quimérico y después desenlazarlo, llevando al público de sorpresa en sorpresa, y con interés siempre creciente, es el mérito que más resalta en sus obras; y si agregamos que á eso se aduna su dicción siempre galana, su versificación en todo momento fluida y fácil y su estilo noble y levantado, habremos emitido la opinión cabal que ellas merecen.

¿Quién ha podido poner en olvido los aplausos que conquistara con su drama «El Huracán de un beso,» los elogios con que la Madre Patria acogiera en la escena española «Los Amores de Alarcón»

que representaban la vida de aquel héroe de la dramaturgia castellana, que nosotros reclamamos como nuestro, y el teatro de Lope y Calderón ha reivindicado como suyo; y quién no recuerda los ensayos felices que representan el drama «Xochitl» y la tragedia «Quetzalcoatl,» que copiando episodios de nuestra historia patria, de la historia de los antiguos tiempos del Anáhuac y de las luchas heroicas y legendarias de la conquista, nos muestran que ella es también fuente inexhausta de inspiración para el poeta y el dramaturgo, que pueden hacernos vivir, como realidades del presente, aquellas escenas del amanecer de nuestra vida, como las que á los griegos dieron asunto y fondo para sus epopeyas y sus dramas, en los cuales los dioses bajaban á la tierra para luchar con los hombres, y los hombres ascendían al Olimpo para ser vencedores de la muerte y de los dioses?

•••

Hace poco más ó menos seis lustros, cuando parecía llegado el momento en que al fin iba á nacer vigorosa y lozana nuestra dramaturgia, el Señor Chavero compartió con el romántico Peón Contreras el honor de contarse entre sus precursores, y si no podemos considerarlo sino como un precur-

tor, es porque nuestra dramaturgia habrá de venir más tarde, en su momento y sazón.

No es la literatura dramática planta que florezca en la infancia de los pueblos como una de las primeras manifestaciones de la vida intelectual; ella, al contrario, crece en los suelos ya trabajados por los siglos y fecundados con el limo de muchas generaciones, y sólo se levanta apoyándose y medrando en troncos robustos que, como los viejos olmos, que dan á las vides su sostén, habrán de vestirse y engalanarse después con la pompa de los racimos maduros y con la alegre frescura de los pámpanos verdes. Por eso la poesía épica popular y aun la poesía lírica han sido siempre los olmos en cuyos troncos fuertes se ha apoyado para desarrollarse y florecer la poesía dramática,

Es verdad que entre los romanos (y tal vez como la única excepción) que ajenos á la poesía sólo reconocieron la importancia de la elocuencia como instrumento político y el interés de la historia y de la jurisprudencia como el de las armas necesarias para su dominación, la tragedia, el drama y la comedia fueron las primeras manifestaciones de su genio literario y que Enio y Livio Andrónico y Plauto y Terencio florecieron antes que todos los poetas épicos y líricos de los siglos de César y de Augusto; pero esto es debido á que de todos los géneros de poesía el drama es el que mejor conve-

nía al pueblo romano; porque los fesceninos y las saturas y los mimos, y más tarde las atelanas, producciones todas del mismo género, formaban parte de la vida nacional y reflejaban su carácter burlesco que en todo tiempo se distinguiera por su observación fina, por su imitación fácil y por su réplica pronta.



Entre nosotros, como por otra parte ha acontecido en casi todos los demás pueblos, la obra dramática no ha de ser la flor, sino el fruto sazonado, y la corona y no el cimiento de una literatura nacional. Y no podría ser de otra manera, porque la poesía dramática copia al hombre con sus buenas y malas pasiones, á la familia con sus goces y sus miserias, á la sociedad con su organización defectuosa y sus esperanzas de mejoramiento, y á los pueblos con sus hábitos de destrucción y sus legítimos ideales de progreso, y porque analiza y pone de resalte los resortes todos que nos mueven en la lucha por la existencia; el amor con todos sus ensueños, el odio con todos sus rencores, la ambición con todos sus desfallecimientos, la envidia con todas sus bajezas, la honradez con sus satisfacciones dulces, la maldad con sus remordimientos negros,

la virtud con sus sacrificios heroicos, y el vicio con sus deleites supremos; y dando al hombre, á la familia, á la sociedad y á los pueblos una vida propia tan verdadera y tan real como la vida misma, y poniendo en juego nuestras pasiones, tal como ellas hierven y se agitan en nosotros, nos coloca en contacto íntimo con nosotros mismos para enseñarnos á corregir riendo nuestras costumbres, para mostrarnos cómo debemos condenar nuestros vicios y para amaestrarnos en el modo y manera de mejorar nuestras virtudes.

Y por eso y á causa de eso, ha menester la poesía dramática del auxilio de la historia para sus asuntos, del apoyo de la elocuencia para sus diálogos, de los servicios de la epopeya para reproducir las acciones heroicas y del sostén de la poesía lírica, en todas sus formas y en todos sus géneros, para expresar todos los movimientos de nuestro ánimo.

Pero no por no existir todavía en México, por estas razones, una verdadera literatura dramática nacional, podremos concluir que los trabajos del Sr. Chavero no sean dignos de muy alta estima y no merezcan constante recordación; antes nosotros creemos que ellos constituyen uno de los mejores esfuerzos enderezados á la creación de nuestra dramática y uno de los ensayos más felices para llevarse á la escena entre nosotros con criterio supre-

mo, con elevados propósitos y con miras enteramente sociales, la vida real con todas sus enseñanzas.

En la historia de nuestro teatro está reservado al Sr. Chavero un lugar prominente, y si después de Don Eduardo Manuel de Gorostiza queremos buscar quien más de cerca siguiera sus huellas y aprovechara sus lecciones é imitara su ejemplo, la crítica habrá de llevarnos como de la mano á estudiar su obra y á determinar su alcance y trascendencia.



¿Fué el Sr. Chavero un orador?

Si el orador es, como decía Cicerón, *Vir bonus dicendi peritus*, no puede ponerse en duda que lo fué; pero á mayor abundamiento lo proclamamos sin discrepancia todos los que innúmeras veces lo escuchamos, y sentimos que su palabra siempre fácil é inspirada, despertaba en nosotros la profunda emoción estética que se traduce por un escalofrío en nuestros nervios, por una parálisis en nuestra garganta, por una conmoción en nuestro pecho, por un anhelo infinito en nuestro espíritu y por una honda admiración en todo nuestro sér.

Son muchos y notables los discursos que de él nos quedan y que pronunció ya en la tribuna ci-

vica, cuando en nombre del Ayuntamiento de México dió el adiós postrero al Sr. Juárez, ya en las escuelas, como el que consagró á los alumnos de la Compañía Lancasteriana, ya con motivo de la fundación de la Biblioteca popular del 5 de Mayo, ó ya en los congresos internacionales, como los que dijo cuando se celebró en México la Conferencia Pan-Americana, ó ya, por último, en las reuniones científicas verificadas en el extranjero, como el que leyó en San Luis, Missouri, en la época de la Exposición Universal.

En todos estos discursos se nos muestra un orador consumado y hábil, de una erudición histórica nada común y en ellos hace alarde de un estilo castizo, de una frase correcta y limpia, llena de giros apropiados y de períodos sonoros y armoniosos que debieron haber producido hermosísimos efectos cuando la palabra les dió vida con su calor y con su aliento. Sin embargo, fué en la tribuna de nuestra Cámara popular, en la cual se le tuvo siempre por un adalid, donde en toda ocasión se le escuchó con gusto; porque fué por excelencia un orador parlamentario, apercibido en todo instante á defender sus intereses políticos, porque fué antes que otra cosa un improvisador, galano en el decir como siempre fué profundo en el pensar.

Es verdad que nuestra elocuencia parlamentaria ha pasado en estos últimos años por un eclipse momentáneo y que gustosos la hemos sacrificado en aras de intereses más altos y más caros, como son los que vinculamos en el desarrollo pacífico de nuestra política y de nuestras riquezas; pero antes de este período y aun en éste, el Sr. Chavero fué celebrado como uno de nuestros buenos oradores.

No es esta la ocasión más oportuna para discutir cuál es el mejor género oratorio, si el que prepara en el silencio los discursos y por medio de una labor paciente les procura todo linaje de perfecciones, ya en las ideas que se enlazan y armonizan de un modo gradual y sistemático, ó ya en las palabras que se combinan para producir efectos rítmicos y musicales y que después al pronunciarlos sólo les da aquel fuego y entusiasmo que el trabajo de la memoria permite al orador robar al medio en que se encuentra, y al auditorio que lo escucha, y á la atmósfera que lo rodea, ó aquél otro que espontáneo y desordenado y libre de la ayuda de toda regla, hace que el discurso brote de los labios del orador al impulso de las pasiones del momento y por medio de la magia de la pala-

bra se imponga, arrastre, domine y subyugue; pero de mí sé decir que siempre he preferido este último por considerarlo un arte superior; porque si es cierto que entonces el orador ha menester del conocimiento profundo de los asuntos que trata y de la influencia de su auditorio que le presta sus pasiones y calor, no lo es menos que sólo en estos casos cumple la misión augusta que le corresponde de instruir, conmover y persuadir.

Conforme á este criterio, el señor Chavero fué también un orador, y en elogio de su oratoria podrá decirse que para él instruir fué un deber, conmover un recurso supremo y persuadir una necesidad.



Un acontecimiento que en la mayoría de los casos no tiene gran trascendencia en la vida de los hombres, ejerció, no obstante, una influencia decisiva en la del Sr. Chavero, á saber: la compra de la biblioteca del sabio arqueólogo D. Fernando Ramírez, que contenía todo cuanto de más raro y precioso en pinturas jeroglíficas, manuscritos é impresos relativos á la historia del México antiguo, había escapado á la acción destructora del tiempo y á la codicia nunca adormecida de los exportadores de nuestras antigüedades.

El Sr. Chavero tenía de antemano gran pasión por el estudio de la arqueología; su maestro, D. Manuel Orozco y Berra, lo había iniciado en los secretos de la descifración jeroglífica; su amigo, D. Joaquín García Icazbalceta, lo había decidido á emprender estudios críticos acerca de los cronistas del siglo XVI, que habían escrito sobre las razas que poblaron el Anáhuac; y su laboriosidad no fatigada, ni aun en los últimos días de su vida, y su amor por todo género de trabajos literarios, vivo en él desde la época de su juventud, invitaronlo á hallar tarea gratísima y reposo de ocupaciones de índole diversa, en la busca y explicación de nuestros monumentos arqueológicos, en la publicación de importantísimos manuscritos y en la interpretación de nuestros códices, todo lo cual forma el más sólido fundamento de nuestra historia nacional.

La biblioteca de D. Fernando Ramírez puso en sus manos todos los elementos que podían serle necesarios para cultivar sus aficiones, todo cuanto había menester para convertirse en bibliógrafo y cuanto podía serle indispensable para llegar á ser un distinguido arqueólogo y un notable historiador. La verdadera vocación de su vida quedó de este modo precisada, y cuanto en él existía de curiosidad siempre despierta, de laboriosidad incansable y de inteligencia pronta para toda labor crea-

dora, hubo de consagrarlo de manera preferente á esclarecer problemas arqueológicos antes no resueltos, á interpretar jeroglíficos no muy bien explicados, á rectificar errores por todos compartidos, á fijar hechos por muchos ignorados, y á darnos la clave de cuestiones múltiples que fueron motivo de hondas preocupaciones para nuestros viejos cronistas, para nuestros mejores anticuarios, para nuestros sabios bibliógrafos, para nuestros aventajados arqueólogos y para nuestros eruditos historiadores.

Dada la conocida incuria de nuestros sabios y de nuestros hombres de letras, asombra ver lo que el señor Chavero ejecutó, ya como bibliógrafo, dando cuenta y razón de los escritos de muchos de los cronistas del siglo XVI, ora publicando obras raras cuyo conocimiento era útil difundir, ó imprimiendo antiguos manuscritos y pinturas jeroglíficas que convenía sabiamente descifrar, ya como arqueólogo, interpretando el libro siempre abierto de nuestras ruinas, ora explicando el monolito de Coatlichan, ó estudiando el calendario del Palenke, ó dando á conocer los dioses y la cosmogonía de las tribus nahuatl en sus libros acerca del Calendario azteca y de la Piedra del Sol, y ya como historiador, escribiendo con gran conciencia de su labor augusta la parte correspondiente á nuestra historia antigua y de la conquista en la obra «México á

través de los Siglos,» que es el monumento más grandioso que pueda dar al mundo muestra elocuente de nuestra cultura intelectual.



Y si llama la atención la suma de trabajos realizados, más admira todavía la forma y manera de conducirlos á buen término. La bibliografía no es en sus manos la noticia árida, pródiga en detalles y de lectura fatigosa que enumera cuanto algunos escritores dieron á la estampa acerca de asuntos determinados, sino una narración interesante, llena de color y de verdad, en la cual por modo sorprendente viven nuestros cronistas la vida de su tiempo, y se mueven al impulso de las pasiones que decidieron de sus destinos; la arqueología no es aquella ciencia fastidiosa, zumo de adormideras áureas, ofrecido á nuestros labios sedientos para sumirnos en sueño deleitoso, sino la alegre y ri sueña que, á la luz de todos los humanos conocimientos, nos reconstruye la vida de aquellos pueblos sin historia, cuyos siglos de existencia sólo pueden medirse por los años de nuestra vida, y que nos hace partícipes de todos sus secretos los más recónditos, y de todos sus episodios los más inverosímiles, y la historia no es para él la relación

cansada de las cosas que fueron, guerras y asolamientos, triunfos y derrotas, ni la cronología seca de los tiempos en que tuvieron lugar, sino los anales verídicos de las naciones, escritos con aquella amenidad que fué peculiar del carácter ingenuo de Tito Livio, y con aquella sobriedad que fué el rasgo distintivo de la honradez de Tácito. Y es que el bibliógrafo y el arqueólogo y el historiador, se confunden y se identifican en un cabal hombre de letras, que enseñado á pensar, conoce el arte de bien decir, y que dueño de la palabra que esculpe y habituado al uso del vocablo que traduce á maravilla una idea, y sabedor de la metáfora que da realce y vigor á una frase, y maestro en el empleo del tropo que la engalana y del epíteto que la matiza, escribe con un estilo lleno de inmarcesible frescura que atrae la atención, que cautiva los sentidos, que deleita el gusto y que constituye el encanto indefinible de la inteligencia.

Modelo son en su género las noticias bibliográficas que escribió acerca de Fray Bernardino de Sahagún, respecto del caballero Boturini Benaducci, tocante al sabio D. Carlos de Sigüenza y Góngora, y también con relación á los cronistas Tenochcas, esto es, el autor desconocido del Códice Ramírez, Fray Juan de Tovar y Fray Diego Durán, y el padre José de Acosta y Tezozomoc.

Fray Bernardino de Sahagún aparece en su es-

tudio coronado por la triple aureola del misionero, del sabio y del mártir; porque no sólo se le ve como uno de aquellos valerosos apóstoles del cristianismo en México, que se interpusieron entre la barbarie de los soldados conquistadores y la humildad de nuestra raza indígena, para servirle de protección y amparo, sino al mismo tiempo como el más laborioso, el más fecundo y el más instruido de nuestros cronistas del siglo XVI.

Lo contemplamos asiduo y diligente aprendiendo la lengua azteca, en la que llegó á ser maestro, enseñando á más de cien niños, que eran hijos de los señores principales de los grandes pueblos y provincias de la Nueva España, alojados y educados en aquel colegio de Santiago Tlaltelolco que inaugurara el Virrey Antonio de Mendoza, recogiendo lecciones vivas de las fuentes de nuestra historia, esto es, haciendo que los mismos indios las escribieran por medio de sus pinturas, y que ciertos gramáticos las interpretaran poniendo al pie de ellas y en lengua romance sus explicaciones, y sucumbiendo á la postre, anciano octogenario, despojado de sus manuscritos, obligado á mudar la relación verídica de la conquista, reducido á ver publicados tan sólo tres de los muchos libros que escribió; pero rodeado del amor de los indios, del respeto de la Colonia y de un prestigio y un renombre que habrían de crecer al paso de los siglos.

El bibliógrafo, después de haber hecho esa verdadera resurrección de aquellos tiempos y de aquellos hombres, nos refiere cuanto Fray Bernardino escribió ya en la lengua mexicana ó en romance, opúsculos y libros acerca de la doctrina cristiana, y respecto de la historia antigua y de la conquista, sin callarnos dato alguno, sin omitir ningún detalle, sin suprimir noticia de importancia, antes pormenorizando las obras impresas y las manuscritas, las conocidas y las extraviadas, las remitidas á España y las conservadas en el Convento de los Franciscanos, que á todo acude su erudición y que para todo bastan su ciencia y su laboriosidad.

¡Con cuánta verdad nos habla del caballero Boturini Benaduci, de aquel esforzado paladín, héroe legendario, que vino á México trayendo en su alma dos amores igualmente puros: el de nuestra historia y el de nuestra Virgen de Guadalupe, y que libró batallas y sufrió persecuciones y soportó duro cautiverio y vió secuestrados sus manuscritos y exhausto su tesoro y sellado su museo, y que fué expulsado después de la Nueva España tan sólo porque deseaba realizar el sueño de su vida sin permiso del Virrey y sin gloria para España: la coronación de la Virgen, en su advocación de «Nuestra Señora de Guadalupe,» que había sido, desde su cerro del Tepeyac, la madre verdadera de los conquistados y el consuelo único, siempre

dulce, durante la dominación española, de nuestra pobre raza indígena!

La historia del Museo de Boturini y de los catálogos que de él se hicieron y de los tesoros que guardaba, y de cómo éstos, depositados en el Archivo del Virreinato, se diseminaron después en la Biblioteca de la Universidad y en el Convento de San Francisco, de donde los adquirió más tarde Mr. Aubin para transportarlos á París, y en el Archivo de la Nación y en el Museo Nacional, nunca fué antes mejor escrita ni mejor documentada.

Con sorprendente exactitud representanos también al erudito Don Carlos de Sigüenza y Góngora, honra del México Colonial, á quien mucho debieron las ciencias matemáticas y las geográficas é históricas, y nos enumera las obras que escribió, aun aquellas que se tuvieron por perdidas, como la de «El Fénix de Occidente,» en la cual demostraba que Santo Tomás fué hallado en el Nuevo Mundo bajo el nombre de Quetzalcoatl; y las hazañas que realizó, como cuando en el incendio de la casa de Cabildo libró de las llamas los manuscritos del Ayuntamiento; y los viajes que emprendió, como aquella expedición de Panzacola que hizo en busca de un puerto para la Colonia, y que fué digna de los navegantes del siglo XVI.

La publicación del Códice Ramírez, compendio el más completo de la historia de las tribus mexi-

canas, aunque hecha por nuestro distinguido humanista Don José María Vigil, se llevó á cabo según el texto manuscrito que él proporcionó, y el estudio bibliográfico que de tal Códice hiciera condujole á dilucidar quién fuera su autor y cuáles los originales de donde copiaron sus escritos Fray Diego Durán y Acosta y Torquemada, cuestiones todas de grande interés para nuestra bibliografía y nuestra historia nacionales.

Pero no limitó á esto sus esfuerzos, que estimó como un deber patriótico allegar materiales que acrecieran nuestro acervo común, y á este fin no hubo obstáculo que no dominara ni dificultad que no venciera.



Fecundos en bienes han sido y serán los servicios que prestó con la publicación de la Historia de Tlaxcala, de Muñoz Camargo; con la impresión de las obras de Alva Ixtlixochitl, con la del Mapa Jeroglífico de Tlaxcala, con la del Códice Ciclográfico, con la del Calendario ó Rueda del Año de los antiguos indios, así como con la del fragmento y códices que aparecen en el tomo II de sus Pinturas Jeroglíficas.

Es verdad que las obras de Muñoz Camargo y de Alva Ixtlixochitl habían sido publicadas en la

famosa colección de Lord Kingsborough; pero lo poco manuable de esta colección, su elevado precio y el hecho de no poder ser consultada sino en las bibliotecas, justifica el que se tuvieran por inéditas ó desconocidas.

Es posible que, como lo creyera el señor del Paso y Troncoso, sean falsos el Mapa de Tlaxcala y el Códice Ciclográfico y el Calendario; pero nadie podrá poner en duda que ha habido motivos bastantes y razones poderosas para considerarlos como originales y merecedores de estudios pacientes, y aun capaces de ilustrar con datos nuevos importantísimos asuntos históricos de alta trascendencia.

Los coleccionadores de manuscritos, que en todo tiempo han servido la causa de nuestra historia patria, y á quienes somos deudores de gratitud profunda, habrán de considerar al señor Chavero como uno de los suyos; y si no fué tan afortunado como Mr. Aubin, ni tan rico como el Duque de Loubat, ni tan pródigo como Lord Kingsborough, si fué más sagaz que todos ellos juntos, y sus estudios é interpretaciones serán siempre de mayor utilidad.



La obra del señor Chavero como arqueólogo, es digna de todo encomio, y desde su ensayo de

descifración de la piedra acomodada en la construcción de una de las paredes del Convento de la Concepción, la cual recuerda, según los datos de Torquemada y Clavijero, el hambre que asoló á la tierra mexicana en la época de Moctezuma Ilhuicamina, hasta su explicación del Calendario Azteca, y desde ésta hasta su disquisición respecto del monolito de Coatlichan, todos le granjearon el renombre que como tal á su muerte había conquistado.

Los antiguos mexicanos, al igual de los egipcios, acostumbraron perpetuar los sucesos más notables é importantes de su historia, y temerosos unos y otros de que no fueran duraderos el papyrus ó el papel de maguey, prefirieron grabarlos en los muros de sus templos, en piedras duras y en monolitos inmensos que desafiaran la mano destructora de los hombres y las injurias del tiempo, y por eso los egiptólogos y nuestros anticuarios han reconocido la necesidad de estudiar nuestras ruinas y de interpretar nuestros monumentos arrancando á la piedra muda los secretos que hace siglos les confiaron nuestros antepasados.

El señor Chavero consagróse, á causa de esto, á la descifración de nuestros monumentos los más notables, y entre otros, la piedra muy conocida y popularizada bajo el nombre de Calendario Azteca. Todas las personas versadas en estos achaques

saben que la famosa piedra que durante muchos años estuvo en el costado Poniente de una de las torres de la Catedral de la ciudad de México, fué mandada enterrar por Fray Alonso de Montúfar, Arzobispo de México, por los años de 1551 á 1559, y desenterrada después, al componerse el empedrado de la Plaza Mayor, en 1790, y pocos ignoran que Don Antonio de León y Gama, al descubrirla creyó que era el calendario de los aztecas, fundándose en dos hechos: «En que no era sola esta piedra, sino que había otra semejante que se unía á ella; y en que debía estar asentada sobre un plano horizontal, erigida verticalmente sobre una línea que tuviera la dirección de Oriente á Poniente y con la cara al Sur»; y además, en una conjetura: «Que la fecha grabada en la Piedra era la mitad del ciclo mexicano, pues como el año se componía de 365 días y hasta el final del ciclo se hacía la corrección, en este año medio se verificaba con bastante aproximación la llegada del sol á la equinoccial, á los puntos solsticiales y al zenit de la ciudad».

Pues bien, el señor Chavero demostró que los dos hechos eran inexactos y mal fundada la conjetura y precisando, con la autoridad de Fray Diego Durán, que la fecha era la del año de 1479, dos años antes de la muerte del rey Axayacatl, en que fué estrenada, y que no eran dos las piedras sino

una, y que jamás estuvo colocada sino en posición horizontal, comprobó que era la Piedra del Sol, ó mejor dicho, un estudio astronómico y cosmogónico del sol, y no el Calendario como León y Gama lo había imaginado.

Sus trabajos intitulados el «Calendario Azteca,» publicado en 1875, y «La Piedra del Sol,» que apareció en los Anales del Museo Nacional, son de una portentosa erudición y dan muestra de suma sagacidad, y aun cuando algunas de sus teorías puedan aun ser combatidas y otras estimarse como poco fundadas, el fondo es una conquista asegurada para la ciencia que otros como el señor Dr. Valentini podrán querer atribuirse, pero que la justicia reivindicará siempre para nuestro arqueólogo.

Sin embargo, ¿podrá decirse por ventura que la ardua labor del señor Chavero ha dejado huellas profundas que habrán de salvarla del olvido y que su nombre perdurará unido al de las verdades por él reveladas, al de las teorías sostenidas por su pluma y al de los problemas resueltos por su penetración y por su juicio?

Nosotros creemos que sí; porque él presentó con gran novedad la comprobación de los cálculos cronológicos de Orozco y Berra respecto del cambio del sistema para atar los años que tuvo lugar en 1143, un siglo después de la fecha seña-

lada por León y Gama; porque hizo como nadie que el estudio de la cronología tuviera por base la descifración geroglífica; porque precisó, explicando la Piedra del sol, la división del día natural de los aztecas en horas; porque en su disertación acerca del Calendario de Palenke determinó la filiación de las civilizaciones maya y palanquina, y porque la teoría de los acompañados de la noche que él sostuvo ha sido ya confirmada por el sentir general de todos los que se ocupan en estas tareas y disquisiciones, y principalmente por el Director del Museo Nacional, D. Francisco del Paso y Troncoso, en la explicación del Códice Borbónico, y por el erudito americanista de Boston, señor Bowditch, en una disertación publicada no hace mucho.

El lustre y brillo que su nombre refleja, arroja sin duda viva luz sobre nuestro país, y éste debe enorgullecerse de haberlo tenido por hijo.

••

Pero la obra maestra del señor Chavero, la que resume toda su sabiduría, la que le valió mayor fama y levantó su nombre á una envidiable altura, fué su *Historia Antigua de México* y de su *Conquista*, escrita después de haber examinado, con

gran espíritu crítico, monumentos arqueológicos, pinturas jeroglíficas, códices manuscritos, crónicas é historias, cuanto guardan nuestros museos, cuanto existe en nuestras bibliotecas, cuanto se ha dicho, en fin, respecto del asunto desde que Hernán Cortés envió sus célebres cartas al Rey Carlos V, hasta nuestros días.

Parecía difícil que después de la obra de nuestro sabio Don Manuel Orozco y Berra, reputado en ambos mundos como la autoridad más respetable en historia de México, pudiera decirse algo nuevo, pudiera escribirse una historia que no fuera sino la repetición de la suya, y, sin embargo, precisamente el libro del señor Chavero se ha hecho digno de elogio por su novedad, á veces atrevida si se quiere, al explicar los mitos y leyendas de nuestras razas indígenas, por el modo casi siempre original de apreciar hechos referidos sin criterio por nuestros cronistas é historiógrafos, y, sobre todo, por el plan general que le sirvió de base y que ha merecido la aprobación de propios y de extraños.

Era tarea punto menos que imposible fijar en la bruma crepuscular de nuestra historia la marcha indecisa de nuestras tribus aborígenes, y hacer la división y localización de las antiguas civilizaciones, auxiliado tan sólo de las crónicas, á veces contradictorias, redactadas á raíz de la con-

quista, obedeciendo los frailes beneméritos, que fueron sus autores, á preocupaciones fuertemente arraigadas en sus espíritus y á la influencia de las leyendas cristianas que habían sido apoyo de su fe; pero á pesar de estos obstáculos, valiéndose de sabias conjeturas y poniendo á contribución su erudición riquísima, ha trazado un camino que, de seguro, es el que siguieron en su marcha las razas que, para asombro del mundo, dejaron en México, como huella de su paso, las ruinas gigantescas que proclaman su cultura, y su admirable división del tiempo, que da prueba incontestable de su ciencia.

Las ideas del señor Chavero á este respecto han merecido el honor de ser compartidas por dos hombres eminentes de nuestro país: el señor Lic. Don Juan Francisco Molina Solís, en su libro sobre el Descubrimiento y Conquista de Yucatán, y nuestro gran historiador Don Justo Sierra, al estudiar las civilizaciones aborígenes del antiguo Anáhuac en su «Historia Política,» que forma parte de la obra «México y su Evolución Social.»

¡De qué magistral manera nos ha trazado en su historia el cuadro del desenvolvimiento de la civilización azteca, y cómo vemos en ella á las tribus mexicanas, en el curso de su peregrinación, fundar su ciudad donde se alzara sobre un nopal el águila legendaria con la serpiente oprimida en sus garras, y engrandecerla luego merced á guerras

continuas, á expediciones constantes y á conquistas sucesivas hasta llegar á convertirla en el verdadero emporio del Anáhuac, como una Roma azteca enriquecida con los trofeos de los vencidos, adornada con las riquezas de su suelo y embellecida con sus templos grandiosos, para contemplarla más tarde trocada en ruina tristísima y humeante y en montón inmenso de escombros y cadáveres, cuando sobre ella pasan, como legiones de Atila, los españoles que la vencieron y la dominaron!



La lucha que el imperio azteca sostuvo con sus vecinos, los odios inextinguibles que existieron entre los reyes de Atzacapotzalco y de Texcoco, las resistencias heroicas de las Repúblicas de Tlaxcala y de Cholula, las rivalidades de todo género que separaron á todas las razas entre sí, las discordias que en medio de ellas sentaron sus reales, y sus múltiples divisiones políticas, se presentan de una manera tan palpitante y tan llena de verdad y de interés en su historia, que sólo así se explica uno aquella marcha triunfal de Hernán Cortés, que, si bien no quemó sus naves en Veracruz, como lo cuentan las leyendas, si se forró el pecho con triple malla, como el primero que el mar cru-

zara osado, para lanzarse con un puñado de héroes á lo desconocido, en medio de inextricable laberinto de valles y hondonadas, de volcanes y montañas, para dar á su patria dominios más extensos que los suyos y engastar la más valiosa de las joyas en la esplendorosa corona de sus reyes.

Pero no hay nada más hermoso, ni más patético, ni más magnífico, que la relación sencilla de la toma de México por los conquistadores, porque en medio de los combates diarios que siembran la muerte por todas partes, y de la defensa terca de los unos y del tenaz ataque de los otros, y de la desolación y del estrago esparcidos dondequiera por las armas españolas que esgrimen brazos féreos y voluntades enérgicas, y por las flechas de los aztecas lanzadas al aire como rayos disparados por las manos de un Júpiter invisible, se mira surgir sin igual é inmensa, cual montaña altísima que se levantara en el centro de extenso valle y sobre cuya cima dejara el sol inextinguibles lampos, la gloriosa figura del héroe Cuauhtémoc, que, más grande que Vercingétorix y más noble que Arminio en sus luchas con los romanos, ha simbolizado para siempre, por su bravura única, por su heroicidad estoica y por su muerte sublime, la defensa de todos los pueblos que sacrifican su libertad en aras de la civilización.

•••

Distínguese el señor Chavero en su historia por tres cualidades que le son propias: un talento maravilloso de exposición, un gran espíritu crítico y un inmenso amor por el asunto de que trata. Su manera de exponer ha sido para él un incomparable instrumento de buen éxito; ella atrae la atención del lector, la fija y la conduce luego fácilmente, como con un hilo mágico, y cuando ha dado término á la explicación de los hechos hábilmente expuestos, le hace presentar en una forma concisa y sintética todo cuanto esos hechos significan, las ideas y principios que de ellos se deducen y las leyes históricas que ellos enuncian y comprueban; su espíritu crítico sírvele para no dejarse extraviar por la fantasía y para aquilatar las teorías y las conjeturas y pasarlas en revista, tomando de cada una lo que tiene de posible ó lo que guarda de probable, y, por último, el amor inmenso que abriga por la tarea que escogió como objeto principal de su vida, lo estimula á poner en cuanto escribe cierto calor y cierto entusiasmo, que son elementos indispensables para ejecutar tanto las obras de arte como las científicas. Todo lo que á nuestra antigua civilización se refiere, cautivó su espíritu; sus héroes fueron para él los semidioses

de su religión patriótica; sus mitos y sus leyendas los estimó dignos de dar asunto á una literatura nacional; su ciencia parecióle, por su desarrollo y su profundidad, no muy inferior en muchos casos á la de la civilización indo-europea; y todo esto contribuye á que su obra resulte digna de un verdadero historiador.

•••

Para ser un poeta, bástale al elegido de las musas tener inspiración; para ser un dramaturgo, no necesita el poeta sino conocer la vida; para ser un orador, ha menester el dramaturgo que duerme en su espíritu, dar vida propia á la palabra elocuente que, libre y alada, vibra en sus labios; pero para ser un historiador, es indispensable ser á la vez un poeta y un dramaturgo y un orador y un filósofo. Y si el señor Chavero supo ser entre nosotros un historiador célebre, y si su obra se considera como merecedora de pasar á nuestros pósteros como un modelo, débese sin duda á que cuanto de poeta hubo en él, lo consagró á escribir con un estilo de riqueza incomparable; á que lo que tenía de dramaturgo lo aprovechó para exponer los acontecimientos en la forma y manera más apropiadas para cautivar la atención é interesar al espíritu; á que sus cualidades oratorias utilizólas

para que los hombres hablaran el lenguaje de la verdad; y á que cuanto en él hubo de filósofo lo ayudó á llevar á buen término aquella tarea que consiste en hallar entre los escombros del pasado la ley histórica que traza con mano firme y segura la marcha de los hombres á la conquista de la civilización.

Si quisiéramos resumir nuestro elogio del señor Chavero como historiador y poner de relieve el altísimo criterio que le sirvió de norma, nos sería bastante colocar en sus labios lo que, en su disertación intitulada «Cómo ha de escribirse la Historia,» cuenta Luciano que Tucídides dijo acerca de su «Historia de la Guerra del Peloponeso» en diversos pasajes de ella: «Mi obra está escrita para siempre y no para placer del momento; no busqué lo fabuloso, sino dejar á la posteridad un relato de hechos verídicos; y ya que para toda persona sensata la utilidad es el fin de la historia, la he escrito con la mira de que si en el porvenir sobrevienen acontecimientos parecidos, se pueda, viendo los pasados, proceder con acierto en los presentes.»

Señores:

El culto de los grandes hombres puede proporcionarnos una idea exacta del desarrollo de la cultura intelectual de las naciones. Allí donde ellos pasan inadvertidos, donde los recuerdos de sus

pacíficas hazañas no provocan aplausos ni despertan entusiasmos, donde no se les rinden los homenajes que merecen la instrucción y el talento puestos al servicio de los intereses de un país, puede asegurarse que ella no existe; porque no se complace su existencia con el silencio que apaga el eco de sus nombres, con la fría indiferencia que destruye su prestigio y con la profunda oscuridad en que se extingue la luz de su memoria; en cambio, allí donde el óbolo de los ciudadanos les levanta estatuas, donde sus correligionarios les erigen monumentos y se les ensalza en las academias y se les honra en las escuelas y se les admira por doquiera, el progreso y la civilización alcanzan su nivel más alto; porque esas manifestaciones, tan elocuentes como sencillas, son reveladoras de un espíritu de justicia y de un gran sentimiento de patriotismo, que son los que premian lo mismo las acciones heroicas del soldado que los incruentos triunfos del pensador.

Entre nosotros, justo es decirlo, conforta el ánimo el espectáculo que presenta nuestra sociedad adolorida y conturbada por la muerte del señor Chavero, á quien lloran las letras patrias en unión de su familia amantísima. Ayer, en el recinto de la Cámara Popular, presidiendo el acto el Jefe de Estado, fué honrado su cadáver, y en una sesión de apoteosis se hizo justicia al político, se

encomió al orador y se ensalzó al patriota; más tarde la Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española, vistió el luto nacional y se reunió en fúnebre velada para recordar sus merecimientos como miembro que fuera de la docta Corporación y para hablar de los servicios que prestara á las letras y á las ciencias; hace pocas horas la Escuela Superior de Comercio, de la que fué Director, ha convocado á sus profesores y alumnos, y en una ceremonia solemne ha pagado á su memoria el tributo de cariño y de respeto que le era debido, y hoy nosotros que, aunque formamos una agrupación modesta, representamos un anhelo legítimo por el desenvolvimiento de nuestra literatura, le consagramos una de nuestras sesiones para estudiar la labor de toda su vida y poner de relieve sus glorias de poeta, su fama de orador, sus triunfos de dramaturgo, sus enseñanzas como arqueólogo y su autoridad como historiador.

La patria á quienes todos simbolizamos en manifestaciones de esta índole, debe sentirse orgullosa de sí misma y satisfecha de nuestros propósitos. Ella sabe que quienes la sirven en la paz, como los que la defienden en la guerra, son por igual sus hijos predilectos y por igual acreedores á su amor y á su estimación.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN MEMORIA DEL SEÑOR

DON JOSÉ PEÓN CONTRERAS,

EN LA

SESIÓN SOLEMNE QUE EN SU HONOR CELEBRÓ

EL LICRO ALTAMIRANO,

EL DÍA 21 DE DICIEMBRE DE 1907.